

## La Novia del Centauro

Por Lord Dunsany



La mañana en la que cumplió doscientos cincuenta años, Shepperalk el centauro, se acercó al cofre dorado que contenía el tesoro de su raza y sacó el amuleto secreto de Jyshak, su padre; quien lo había forjado en su juventud con oro de la montaña y engastado con ópalos negociados con los gnomos. Se lo puso en la muñeca y, sin decir palabra, salió de la caverna de su madre. Se llevó también el clarín de los centauros, el famoso cuerno de plata que en su época había exhortado a rendirse a diecisiete ciudades de los hombres y que, durante veinte años había sonado frente a las murallas ceñidas de estrellas durante el sitio de Tholdenblarna, la ciudadela de los dioses. Durante todo ese tiempo los centauros libraron su fabulosa guerra y no fueron derrotados por la fuerza de las armas. Se retiraron lentamente envueltos en una nube de polvo ante el milagro final de los dioses que, en su necesidad desesperada, los hombres invocaron del arsenal supremo. Con el clarín y se alejó a grandes zancadas; su madre solo emitió un suspiro y lo dejó partir.

Ella sabía que Shepperalk no bebería ese día del arroyo que desciende por las terrazas de Varpa Niger, las tierras interiores de las montañas; que no se detendría ese día a admirar la puesta de sol para luego regresar al trote a la caverna y dormir sobre juncos arrastrados por ríos que no conocen a los hombres. Sabía que ahora iba con él, como antaño había ido con su padre, y con Goom, el padre de Jyshak, y mucho tiempo atrás con los dioses. Por lo tanto, solo emitió un suspiro y lo dejó partir.

Al salir de la caverna que era su hogar, Shepperalk cruzó por primera vez el pequeño arroyo y, rodeando los riscos, contempló la resplandeciente llanura terrenal que se extendía más abajo. El frío viento otoñal que lustraba el mundo elevándose con fuerza por las laderas de la montaña lo golpeó en los desnudos flancos. Alzó la cabeza y resopló.

*“¡Ahora soy un hombre caballo!”*, gritó con fuerza, y, saltando de risco en risco, el centauro galopó por valles y abismos, por torrenteras y rastros de avalanchas, hasta llegar a las errantes leguas de la llanura dejando tras él para siempre las montañas Athraminaurian.

Su objetivo era Zretazoola, la ciudad de Sombelené. Ignoro si alguna leyenda acerca de la belleza inhumana de Sombelené o de la maravilla de su misterio había circulado alguna vez por la llanura terrenal hasta llegar a las montañas Athraminaurian, la fabulosa cuna de la raza de los centauros. Sin embargo, en la sangre del hombre existe una marea, más bien una antigua corriente marina, que se asemeja de algún modo al crepúsculo y le trae rumores de belleza desde lugares muy lejanos, del mismo modo que en el mar se encuentran trozos de madera flotando a la deriva provenientes de islas aún desconocidas. Esa corriente o marea viva que se impone en la sangre del hombre procede de la fabulosa cuarta rama de su antiguo y legendario linaje; lo conduce a los bosques, a las colinas; le canta canciones primitivas. De modo que tal vez la fabulosa sangre de Shepperalk se agitó en aquellas solitarias y lejanas montañas situadas en los Confines del Mundo ante rumores que solo el etéreo crepúsculo conocía y que solo confiaba en secreto al murciélago, pues Shepperalk era más legendario incluso que el hombre. Ciertamente era que, desde el principio, se dirigió a la ciudad de Zretazoola, donde Sombelené moraba en su templo, aun cuando toda la llanura terrenal, sus ríos y montañas se extendían entre el hogar de Shepperalk y la ciudad que buscaba.

Cuando sus patas tocaron por vez primera la hierba de esa blanda tierra aluvial, el centauro sopló con alegría el cuerno de plata, hizo cabriolas y caracolas y brincó a lo largo de muchas leguas; entonces el amblar llegó a él como una doncella con un farol; una nueva y hermosa maravilla. Rio el viento al adelantarlo. El centauro agachó la cabeza para olfatear el aroma de las flores, la alzó para estar más cerca de las invisibles estrellas, se recreó en los reinos, cruzó ríos enteros de un tranco. *¿Cómo podría explicaros, a vosotros que moráis en las ciudades, cómo podría explicaros lo que sentía al galopar?* Buscó la fuerza de las torres de Bel-Narána, la ligereza de esos palacios vaporosos que las arañas feéricas construyen entre el cielo y el mar a lo largo de las costas de Zith, la velocidad del ave que se apresura desde temprano a cantar en los chapiteles de algunas ciudades antes del alba. Era el compañero inseparable del viento. En la alegría era como una canción; los rayos de sus legendarios progenitores, los antiguos dioses, comenzaron a mezclarse con su sangre; sus cascos tronaron. Llegó a las ciudades de los hombres y todos temblaron pues recordaban las míticas guerras ancestrales y se estremecieron ante nuevas batallas y temieron por la raza del hombre. Ni siquiera Clío había registrado estas guerras, la historia no las conoce, *¿y qué?* No todos nos hemos sentado a los pies de los historiadores, mas todos hemos aprendido las fábulas y los mitos en los

regazos de sus madres. Y no hubo nadie que no temiese guerras desconocidas al ver que Shepperalk viraba bruscamente y brincaba por las vías públicas. Así pasó de ciudad en ciudad.

De noche, sin un atisbo de cansancio, se recostaba en los juncos de alguna marisma o algún bosque; antes del amanecer se levantaba triunfante y, aún en la oscuridad, bebía copiosamente de algún río, salía chapoteando y trotaba hacia algún lugar elevado para encontrarse con el sol naciente. Y desde allí, enviaba hacia el este los exultantes saludos de su jubiloso cuerno.

Y he aquí que entonces el amanecer surgía de los ecos y las llanuras se iluminaban nuevamente por el sol y las leguas se desparramaban como las aguas cuando caen desde lo alto y ese alegre compañero, el viento que ríe a carcajadas; y los hombres con sus temores y sus pequeñas ciudades; y después grandes ríos, espacios desiertos y nuevas colinas enormes; luego, más allá, nuevas tierras, más ciudades de hombres y siempre el viejo compañero, el glorioso viento.

Shepperalk atravesó reino tras reino y aún respiraba serenamente.

*“Es estupendo galopar sobre buena hierba cuando se es joven”*, dijo el hombre caballo, el centauro.

*“¡Ja, ja, ja!”*, rio el viento de las colinas y los vientos de la llanura respondieron. Las campanas repiquetearon en las frenéticas torres, los sabios consultaron los pergaminos, los astrólogos buscaron presagios en las estrellas, los ancianos lanzaron sutiles profecías.

*“¡Qué veloz es!”*, exclamaban los jóvenes.

*“¡Qué feliz está!”*, gritaban los niños.

Las noches arrullaron su sueño y los días lo impulsaron a galopar, hasta que, atravesando las tierras de los athalones que moraban en los confines de la llanura terrenal, llegó a otras tierras legendarias, como aquellas donde había sido acunado, pero en el otro extremo del mundo, que bordean sus márgenes y se mezclan con el crepúsculo. Y allí, un intenso pensamiento apareció en su infatigable corazón, pues sabía que se aproximaba a Zretazoola, la ciudad de Sombelené.

Ya era tarde cuando llegó a sus cercanías y las nubes teñidas de atardecer ondulaban sobre la llanura que se extendía ante él. Se adentró galopando en la niebla dorada y cuando todas las cosas quedaron ocultas a su vista, los sueños que anidaban en su corazón se despertaron debido a la conjunción de los elementos fantásticos y el centauro reflexionó románticamente sobre todos aquellos rumores que solían llegarle de Sombelené. Moraba (decía el anochecer en secreto al murciélago) en un pequeño templo a la orilla de un lago solitario. Un bosquecillo de cipreses la ocultaba de Zretazoola, la de caminos empinados. Y frente al templo se encontraba su tumba, un triste sepulcro lacustre con la puerta abierta para que los hombres, ante su increíble belleza y los siglos de su juventud, no cometieran la herejía de pensar que la hermosa Sombelené era inmortal, pues únicamente su belleza y su linaje eran divinos.

Su padre había sido mitad centauro y mitad dios; su madre era la hija de un león del desierto y de aquella esfinge que vigila las pirámides: era más mística que mujer.

Su belleza era como un sueño, como una canción; el sueño de toda una vida soñado bajo rocíos encantados; la canción cantada a alguna ciudad por un ave eterna, alejada de su costa natal por una tormenta en el Paraíso. Ni todas las auroras en montañas de ensueño ni todos los crepúsculos igualarían nunca su belleza; ni las luciérnagas conocían el secreto, ni tampoco las estrellas de la noche; los poetas nunca la cantaron ni el anochecer adivinó su significado; la mañana la envidiaba; permanecía oculta a los amantes.

Nunca la habían desposado ni cortejado.

Los leones no la cortejaban porque temían su poder y los dioses no se atrevían a amarla porque sabían que moriría.

Eso es lo que el anochecer le susurraba al murciélago, ese era el sueño que albergaba el corazón de Shepperalk mientras avanzaba a ciegas a través de la niebla. Y de repente, ahí, bajo sus cascos, en la oscuridad de la llanura, apareció la grieta de las tierras legendarias, y en ella, Zretazoola, resguardándose y tomando el sol al anochecer.

Veloz y hábilmente descendió por el extremo superior de la grieta y, al entrar en Zretazoola a través del portal que da directamente a las estrellas, comenzó a galopar de improviso por las callejuelas. Las canciones de antaño hablan de los muchos que salieron a los balcones cuando pasó traqueteando, de los muchos que asomaron la cabeza por las relucientes ventanas. Shepperalk no se entretuvo saludando ni respondiendo a los desafíos de las torres marciales, atravesó la entrada a la tierra como el rayo de sus progenitores y como Leviatán saltando en pos de un águila, se zambulló en el agua entre el templo y la tumba.

Con los ojos entornados, subió al galope la escalinata del templo y, viendo difusamente a través de las pestañas, tomó a Sombelené por el cabello sin sucumbir aún a su belleza y la arrastró consigo; luego, saltando con ella sobre el abismo sin fondo donde caen en el olvido las aguas del lago por una hendidura en el mundo, se la llevó no sabemos dónde para convertirla en su esclava durante todos los siglos que son concedidos a los de su raza.

Tres veces hizo sonar mientras se alejaba el cuerno de plata que constituye el tesoro ancestral de los centauros. Esas fueron las campanas de su boda.